

todas las Provincias de los estados Arábigos, cuenta un número casi infinito de gramáticos famosos que ilustraron mucho la lengua arábiga, ya con comentarios, ya con nuevos métodos, ya con poemas sobre la gramática, ya con exposiciones de los poemas, y ya de otros infinitos modos. Entre los códices arábigos del Escorial se encuentra un libro *Del correcto modo de hablar, quod jure dixeris Bibliothecam Arabicam litterariam*, dice Cassiri (a); porque se leen en él los proverbios, y se aprenden los estudios y la erudición de los Arabes. El autor de este libro es Abi Joseph Jacob Ebn Isaac Alsekaiti, que vivía hácia fines del siglo IX. Pero entre todos los otros gramáticos merece particular memoria el sobredicho Malek, que en el siglo XII procuraba con gloriosas fatigas el honor de la lengua arábiga. Schamseddin Abu Abdalla Dhahabeo en su *Biblioteca universal* nos da una larga noticia del merito y de las obras de Malek, *De un mé-*

(a) Tora. I p. VIII.

*todo facil* de las declaraciones, de una obra con el título de *Suficiente*, de un tratado *De la pureza de la lengua Arábiga*, de otro llamado *La basa de las palabras. Del arte métrica*, de un *Suplemento de las palabras trisílabas*, de un poema *De la conjugacion de los verbos* con su comentario, de otro *Del verdadero modo de leer* y de otros muchos, que pasan de quarenta. Los singulares meritos de Malek le adquirieron muy distinguidos honores en España y en los demas dominios arábigos; y en concepto de todos los Arabes fue el principe de los gramáticos y filólogos. En un códice del Escorial (a) se leen los títulos lisonjeros con que le honraban las Academias, dándole los nombres de dueño de la lengua arábiga, maestro de las buenas artes y otros no menos gloriosos. Y si á Saibuih le sirve de singular elogio el haber obtenido el principado de la Academia de Bassora, siendo nacido y educado en Asiria, ¿quánto honor no dará á Malek el que

(a) *Bibl. Arab. p. 34.*

que, no solo las Academias de España, sino tambien las de Cufa y de Bassora, donde parece que apenas podia llegar la fama de su nombre, le confriesen el principado entre todos los gramáticos y filólogos, le reconociesen por maestro de su lengua, y le tuviesen por tan superior á todos los demas? La infinita multitud de comentarios que se hicieron á las obras de Malek, puede considerarse otro elogio no menos ilustre de su doctrina. Assiutheo en su *Biblioteca* forma un larguísimo catálogo solo de aquellos escritores, que comentaron el *Método facil*. Uno de estos es el granadino Ben Haián, el qual dió á luz mas de quinientas obras filológicas. ¿ Pero qué tiempo nos quedaria para seguir las otras clases de la literatura, si quisieramos referir unicamente los nombres de los mas principales autores, que dexaron escritas obras gramaticales? Haré solo una reflexión, y es, que no son tantos los gramáticos griegos, cuyos nombres ha podido encontrar la infatigable erudicion de Fabricio en el inmenso piélago de los escrito-

res

res griegos, como los arábigos que podemos contar, y cuyos nombres y escritos han llegado igualmente á nuestros tiempos. Pertenecen á la jurisdiccion de la gramática los lexicones y diccionarios, y los Arabes tampoco dexaron de cultivar esta parte de ella. Desde el primer siglo de la Egira tenian un lexicon, que muchos quieren atribuir á Kalil de Bassora. Zamkhascreo nos ha dado un erudito diccionario, en donde cada palabra está apoyada con muchos testimonios de retóricos y poetas. Gollio celebra con muchos elogios dos lexicones el uno de Geuhari, y el otro de Firuzabadio, y se empeña particularmente en dar á conocer á los Europeos el de Geuhari siguiendolo exactamente en su *Lexicon Arábigo-latino*. ¿ Qué inmenso piélago de voces arábigas no contendria el diccionario de Alfiruzabadi, que llegaba á sesenta volúmenes? Ebn Alcosa formó uno onomástico en que examinaba todas las voces escolásticas, teológicas, legales y filosóficas. Algiobbi publicó otro solamente de las palabras comprehendidas en el derecho

Diccionarios.

Tom. I.

Gg

ca-

canónico. Escribieron otros de los nombres de los animales; otros de los de las plantas; y no havia facultad alguna, de la qual no se hubiese formado un diccionario. En los escritos arábigos se encuentran diccionarios Arábigo-Hebráycos, Arábigo Griegos, Arábigo-Latinos, Arabigo-Españoles, diccionarios de epítetos, de sinónimos y de todas especies; y este gusto de diccionarios ha durado hasta los tiempos modernos, puesto que Leon Africano todavia compuso uno trilingue.

Retórica.

La gramática es un arte que no se suele cultivar, sino porque se cree necesaria para la perfeccion de las otras que pertenecen á la pureza y elegancia del idioma. Hasta que una nacion se aplique con empeño al estudio de la eloqüencia, no es facil que emprenda con ardor las fastidiosas pesquisas, y las menudas especulaciones, que lleva consigo la cultura de la gramática. Por lo qual si vemos que los Arabes se dedicaron á los estudios gramaticales, ¿con cuánto mas motivo creeremos que se emplearon en la perfeccion de la eloqüencia? En

efec-

efecto no solo se glorían los Arabes de tener hombres famosos en la práctica de la retórica, sino tambien en la teórica de ella. Antes del Mahometismo no conocian arte alguna de decir bien; y el que en las juntas se veía precisado á hacer algun razonamiento al pueblo, y persuadirle de sus intereses, lo hacía ayudado solo del magisterio de la naturaleza, y sin ningun estudio ni auxilio del arte. En la famosa obra del Alcoran se hallan varios pensamientos excelentes, y bastante bien expresados; pero dispersos é inconexos. En los escritos poco posteriores á Mahoma se ven algunos conceptos sutiles y agudos; se encuentra elegancia en las frases, mas no el orden y método, en que consistia la fuerza de las oraciones griegas y latinas. Pero apenas empezaron los Musulmanes á dilatar los límites de su imperio, y á hacerse señores y dueños del mundo, quisieron tambien extender en esta parte el esplendor del nombre arábigo, y pensaron en reparar con medios oportunos este defecto. De aqui provino que buscasen con el mayor cuidado

Gg 2

los

los libros retóricos de los Griegos, y que traduciendo á su lengua los escogidos preceptos que contenian, y acomodandolos á la indole de la misma, formasen su arte retórica. Althai compuso una intitulada la *Antorcha*, que dió mucha luz á todas las partes de la eloqüencia. Abu Mohamad Abdalla, que nació en Badajoz á fines del siglo IX, hombre muy ilustre, y erudito en toda amena literatura, escribió unas doctas instituciones retóricas y poéticas en la obra intitulada *Método de escribir*. Sería mucha prolixidad el nombrar todos los Arabes, que ilustraron esta materia; pero no puedo pasar por alto un libro del famoso Assiutheo, que él juzgó del caso intitular *El prado florido*. Este prado verdaderamente florido presenta la mas amena vista de la cultura y gusto de su nacion, contiene un rico tesoro de erudicion arábica, y los mas doctos tratados de la pureza y elegancia de la lengua, y del arte oratoria. Quantas noticias importantes, y quanta escogida erudicion ha esparcido el célebre Eduardo Pocok en su *Ensayo de la historia arábica*, casi todo,

do, segun él mismo confiesa, lo debe á este libro. Pero el mas famoso escritor didascálico de retórica es el persiano Alsekaki, á quien por esto se le da justamente el glorioso nombre de *Quintiliano de los Arabes*. El publicó muchos escritos sobre esta materia, pero el mas nombrado, su obra magistral, sus *instituciones oratorias*, digamoslo asi, es aquella que intituló *Llave de las ciencias*, y está dividida en tres partes: en la primera trata *De los preceptos de la gramática*, en la segunda *Del arte oratoria*, y en la tercera *De la poética*; queriendo con razon aquel maestro del buen gusto, que nadie pueda merecer el nombre de escritor en arte ó ciencia alguna, sin que esté plenamente instruido en los preceptos de aquellas tres facultades. Allí se trata de la elegancia de la diction, y del hablar figurado, se hacen especulaciones sutiles sobre el sentido y fuerza de las palabras, se dan reglas para la claridad y evidencia de las demostraciones, y en suma los puntos mas importantes, respecto del arte retórica, se ven expuestos con una precisi-

cision mucho mayor de lo que podía esperarse de un escritor arabe. Esta obra tan perfecta mereció los elogios y el estudio de los Arabes cultos; y fueron infinitos los comentarios é ilustraciones, que de aquella obra magistral se publicaron en todas partes. Paso por alto el *Afia* de Ben Maath, poema famoso sobre el arte retórica, dexo aparte los eruditos comentarios del Doctor Almoradeo, y omito otros infinitos escritos que ilustran esta materia, porque es imposible citarlos todos, supuesto que solo en la biblioteca del Escorial, despues de tantas vicisitudes, y de pérdidas tan deplorables, se encuentran mas de sesenta volúmenes. Una nación, que tenía tanto cuidado de formar las mejores leyes de eloqüencia, es muy creíble que se aplicáse con el mayor ahinco á ponerlas en execucion. Y efectivamente se ve celebrado un Malek, como orador de tanta energía, que no era posible resistir á su eloqüencia. Se alaba un Schoraiph, como un singular portentoso en juntar felizmente la facundia oratoria, con la delicadeza poética. Se cuentan entre los

Ara-

Arabes otros muchos oradores distinguidos por meritos particulares; pero entre todos resplandece el célebre Alhariri. Si los Griegos se gloriaban de tener un Demóstenes, y los Romanos un Ciceron, los Arabes se jactan igualmente de un Alhariri, que es reputado como el Tulio y el Demóstenes de aquella nacion. Este ilustre orador y erudito filólogo, además de muchas composiciones llenas de eloqüencia, dexó ciertas oraciones académicas, que las han buscado mucho los inteligentes, y las han ilustrado y alabado todas las Academias; y aun en tiempos mas cultos Golio y Schultens las han juzgado dignas de ser comunicadas á los Europeos. Schiraz solia decir, que estas oraciones debian escribirse, no en papel ni pergamino, sino en seda y en oro. Además de la eloqüencia profana, tenían tambien los Arabes la oratoria sagrada; y asi en la biblioteca del Escorial se encuentran muchos sermones sueltos, y colecciones de ellos á modo de sermonarios. Los predicadores musulmanes se llamaban *Khateb*, nombre que antes se daba generalmente á los

los

los oradores; del mismo modo que se dicen *Khotbah* los sermones, nombre tambien comun en otro tiempo á las arengas públicas. Los sobredichos sermones del Escorial nos manifiestan el modo de predicar de los Arabes, de lo que me será licito dar una ligera noticia tomada de Casiri. El sermón empieza por la acción de gracias y protestación de la fe: hecho esto ruega el predicador por la salud del Rey y felicidad del Reyno; pide la vènia al Rey, si se halla presente, y le aconseja que atienda á la divina palabra; despues propone el asunto de su oración; lo prueba con textos del Alcoran, con la autoridad de los Doctores y con exemplos; y finalmente dirigiendo su oración al pueblo le reprehende los vicios, y le exorta á vivir honestamente. Pero veo que nos hemos detenido demasiado en la retórica de los Arabes, quando aun tenemos que examinar otras muchas partes de su literatura.

Poesia.

Solo la poesia daría abundante materia para gruesos volúmenes á quien quisiese tratarla con alguna extension, pudiendose

asc-

asegurar con verdad, y sin que parezca hipóbole, lo que dice el autor anónimo de la *Historia de la poesia francesa* publicada en 1717, que *la Arabia sola ha producido mas poetas que todo el resto del mundo*; pero nos contentaremos con dar de ella una sucinta noticia. Que fuese este el primer estudio, y aun por mucho tiempo el unico á que tuvieron alguna afición aquellos rusticos é incultos Asiáticos, lo manifiesta, tanto el honor con que se citan los poetas de aquellos tiempos en que apenas se conocia en la Arabia el alfabeto, como las academias, ó certámenes poéticos, que se celebraban todos los años en la ciudad de Ocadh, que despues fueron extinguidos por Mahoma. En tiempo de este famoso impostor compuso Zohair en su alabanza un poema, que todavia se conserva en el Escorial. En los tiempos posteriores siempre acogieron los Arabes la poesia, y la distinguieron con singulares honras; y á imitación de los Griegos se jactan de su *Pleyade arábica*, pero compuesta de siete poetas de los mas antiguos, no de siete de los mas modernos

Tom. I.

Hh

co-

como la griega. Aquellos primeros poetas son los Livios y los Pacuvios de los Arabes respetados por su antigüedad, pero no léidos de los posteriores, ni estimados por sus prendas poéticas: los Horacios, los Propércios y los Tibulos vinieron en tiempos mas modernos, y se formaron con la cultura, que se habia hecho mas general en toda la nacion. En tiempo de los Abbassidas floreció un ilustre poeta, Alkalil Ahmad Al Farahidi, el qual sujetó á ciertas y estables leyes la poesía, que antes no conocia mas regla que el capricho de los poetas. Pero hasta el año 303 de la Egira, á principios del siglo X de la Era Christiana, no compareció el príncipe de la poesía arábiga, que fue el famoso Almonotabbi nacido en Cufa, y educado en Damasco, donde particularmente dió á conocer su merito poético. Y en los dominios arábigos no solo brillaban ilustres poetas, sino que tambien lucian excelentes poetisas. La célebre Valadata, hija del Rey Mohamad Almostakphi Billa, Princesa de mucho espíritu y de singular talento poético, puede llamar-

se la Saffo de los Arabes, siendo semejante á la griega, tanto en el numen poético, quanto en la gallardia y fuerza de expresar su pasion. Amás de ésta habia una Maria Alfaisuli, que igualmente pudiera llamarse la Corina; una Aischa de Cordoba, cuyos versos merecieron repetidas veces los mayores aplausos en la docta Academia de aquella ciudad; una Labana tambien de Cordoba; una Safia de Sevilla; una Abbassa no menos memorable por su nobleza, y por sus extrañas aventuras, que por su espíritu poético; y otras muchas ilustres poetisas, que facilmente podrán, no solo igualar, sino exceder el número de las que florecieron en el parnaso griego. Las historias y bibliotecas poéticas prueban el estudio que una nacion ha hecho de la poesía, y estas eran muy comunes entre los Arabes. Abilabba Abdalla, aunque era hijo del Califa Motaz, no se desdeñó de emplearse en escribir un *Epítome de la clase poética*, donde se refieren las vidas de 131 poetas, y se ponen algunas muestras de sus versos. Una obra intitulada *Teatro de los poetas*,

formaba una biblioteca de 24 tomos. Hemos nombrado antes algunos escritores, que de solo Españoles compusieron bibliotecas poéticas. Y no es compatible con la brevedad de esta obra el dar un catálogo, no digo de los poetas, pero ni aun de los autores que escribieron bibliotecas é historias de los poetas. El furor de poetizar, que dominaba en Italia en los siglos pasados, se dió á conocer en las Academias poéticas, que se formaban en todas partes, y semejantes Academias no fueron menos frecuentes entre los Arabes, poseidos de la misma pasión de versificar. Tenemos aun muchos *Divanes*, que son colecciones de las poesías recitadas en aquellos congresos, de los quales existen algunos en la biblioteca del Escorial. La materia de estas colecciones es regularmente, ó heroica, ó satírica, ó moral. El *Divan* de Abu Navas, uno de los Arabes mas famosos, las comprendia todas. El *Divan* de Ben Mokanes es célebre por las sales y agudezas de los versos, lo qual hace que sea tenido por el *Marcial* de los Arabes. Se usaban tanto entre

entre estos los poemas didascálicos, que la gramática, la retórica, y todas las ciencias mas abstrusas, y los mas difíciles puntos teológicos y morales, se sujetaban á la poesía didascálica. Los anales y varias historias escritas en verso componian otros tantos poemas, que mas deben referirse á la clase de los didascálicos, que á la de los épicos. Pero es cosa bien extraña que entre tantos millares de composiciones poéticas de los Arabes no tengamos una Iliada, una Eneida ni un poema épico. No era mas conocida entre ellos la poesía dramática, puesto que entre todas sus composiciones no se halla comedia ni tragedia alguna que merezca este nombre. Tal vez habrá quien quiera llamar comedias á algunas farsas y diálogos en verso, que se encuentran de quando en quando en sus escritos poéticos; pero esto mas parece abusar del nombre de la dramática, que buscar sinceramente la verdad. De quantas poesías arábicas han llegado á mi noticia, no encuentro otra mas semejante á una comedia, que la de Mohamad de Velez, donde ha-



hablan los profesores de varias artes, y usando cada qual las voces de la suya propia, se burlan y motejan mutuamente, y se descubren sus vicios y fraudes. Verdaderamente pueden llamarse cómicos el estilo y el diálogo de esta composicion; ¿ pero dónde se encuentra el enredo y la fábula, que caracterizan la comedia? Y así el exorbitante y casi infinito número de composiciones arábicas se reduce á cancioncillas amorosas, á elogios, á sátiras, á moralidad y á poemas didascálicos; la epica y la dramática, que ciertamente forman la parte mas noble de la poesía, ó no fueron conocidas de aquella nacion estudiosa, ó por su elevacion y sublimidad acobardaron el valor y numen poético de la misma.

Examen  
del merito  
de la poesia  
arabiga.

Pero ¿ qué merito y aprecio deberá hacerse de las composiciones que sobre todas materias nos han dexado los Arabes? Yo hallo en ellas sutileza y agudeza en los pensamientos, gracia y elegancia en las expresiones, nobleza en las pasiones, y en fin tantas preciosidades, que casi me hacen aprobar la animosidad del docto Casiri en  
igua-

igualar los poetas arabes á los griegos y latinos; pero no encuentro aquella naturalidad de afectos, aquella sencillez de conceptos, aquella verdad y propiedad de imagenes, que necesitaria para conformarme enteramente con su dictamen. Es cierto que nosotros no podemos gustar de los sabrosos frutos de aquella poesía, cuyas gracias, como dice muy bien el mismo Casiri, se semejan á aquellos vinos que pasados á países extrangeros pierden todo el espiritu, todo el gusto y toda la fuerza que antes tenian. Pero sin embargo ¿ no podrémos comprender que los poemas didascálicos de los Arabes se reducen á tratar en verso la materia que se proponen, sin cuidarse de adornarlos con aquellas gracias, de que no solo es susceptible esta poesía, sino que á veces las requiere; y que mas se semejan á las primeras composiciones de los filósofos griegos, que ponian en verso sus opiniones, que á los verdaderos poemas didascálicos, con que los escritores griegos y latinos quisieron enriquecer su poesía? ¿ No veremos claramente que la sublimidad de las com-  
po-